

### **ANEXO 3: Alemania sueña con el gran Este.**

Para entender la obsesión de Hitler con el Este y la naturalidad con la que los alemanes le siguieron en esta aventura, hay que conocer la importancia de esta región en el "subconsciente colectivo" alemán.

Hasta la primera guerra mundial, el alemán era el idioma de las universidades, los colegios de élite, la corte de los países del este y parte de Escandinavia. Era el "idioma culto", en parte junto con el francés, pero también de amplias capas del "pueblo llano". La influencia se debe tanto a la presencia de grandes comunidades étnicas alemanas desde el Báltico hasta las estepas de la Asia Central, pero también al hecho de que los judíos de todo el este hablaban el Yiddish (un dialecto medieval del alemán – perfectamente entendible desde el alemán moderno – de los judíos del este, los Asquenazí, mientras que los judíos del Mediterráneo, los Sefardíes – el otro gran grupo de los judíos europeos – hablaban un idioma derivado del español, con la diferencia que Alemania se había mantenido a lo largo de los siglos como país de referencia de los judíos Asquenazí).

Las amistades de Sophie son representativas de la proyección cultural y económica alemana milenaria hacia el este:

Schmorell había nacido en Orenburg, en la frontera con Kazajstán mientras que otros amigos pertenecían a la gran comunidad alemana de los países bálticos. Además de Lituania, Estonia y Letonia esta región contenía originalmente otro pueblo que, sin embargo, había sido germanizado hace siglos a Alemania como "Prusia Oriental", cuna del filósofo Kant, quien vivía y enseñaba en su capital Königsberg (hoy la rusa Kaliningrado) cuando ya nadie recordaba su pasado de "país" báltico.

Hacemos esta referencia a la presencia lingüística, cultural, económica y étnica alemana en el este para transmitir que psicológicamente no era una región ajena ni lejana para el alemán medio. La guerra con Rusia prometía liberar a tantos y tantos alemanes que estaban sufriendo bajo el yugo de Stalin y continuar con la misión de "civilizar el gran este" que habían iniciado casi mil años antes los caballeros y monjes de la Orden Alemana.

Durante mil años, Alemania había crecido hacia el este y, según la mentalidad de la época, había llevado la civilización, la cultura, una lengua culta para la comunicación sofisticada entre las élites, la ciencia a estos países bárbaros que, por su propia debilidad y de manera natural, poco a poco se irían germanizando.

Rusia era la zona natural de expansión del Reich, culturalmente afín y con entonces todavía con mucha presencia de la lengua alemana. Pero los comunistas y Stalin estaban "rusificando" al país. No sólo estaba privando a las comunidades alemanas de su posición dominante que ejercían en muchas regiones, sino las aislaba, las expulsaba o incluso las deportaba a regiones inhóspitas de su vasto imperio.

Hitler, según entendían muchos alemanes, tenía la misión histórica de dar otro paso más en esta dirección, proteger, en primer lugar a los alemanes maltrechos por el comunismo, pero también convertir aquellas inmensidades escasamente pobladas por hordas salvajes en protectorados a los que Alemania aportaría orden y desarrollo. Asombra ver los paralelismos de los documentales de la época, en los

que se muestran a niños rusos sucios, enfermos y hambrientos, "víctimas" de sus propios gobernantes "inhumanos" con los que actualmente se muestran sobre África. Los rusos conformaban, según estos reportajes, un pueblo "genéticamente" inferior que encontraría finalmente su razón de ser y paz en el servicio a los amos alemanes, quienes convertirían sus tierras semiabandonadas en un vergel ordenado y productivo.

En cambio, los alemanes no deseaban particularmente, pero tampoco objetaban la ocupación de Francia, ese país de población germana y lengua neolatina, demasiado acomodado como para ser tomado en serio tras haber sido invadido por Alemania tres veces en serie en apenas 70 años. Poca gente comprendía entonces que la invasión de Francia era, además de eliminar un posible frente "a las espaldas de Alemania", una operación de pillaje, de robo de las riquezas francesas para mantener el bienestar económico del pueblo alemán y para financiar su enorme maquinaria de guerra.

La posición de los ingleses, sin embargo, si molestaba y desconcertaba en Alemania, era un pueblo hermano y respetado, del que se esperaba más bien una neutralidad "desde la simpatía" como la de Suecia.

Al fin y al cabo, la "civilización del este" le beneficiaría al Reino Unido; Alemania haría ahí el "trabajo sucio", erradicando el comunismo, intento en el que habían fracasado las potencias occidentales tras la revolución.

En resumen: la guerra contra Rusia no escandalizaba a la inmensa mayoría de los alemanes, la veían justificada por razones históricas, políticas y humanitarias. Cuestionarla, como hacía la Rosa Blanca, bajo la viva impresión de las experiencias del frente ruso de Hans, Alexander y Willi, no sólo no era popular sino tampoco se comprendía.

Para terminar de contar la historia de los alemanes del este: Después de la guerra los grupos étnicos alemanes que aún quedaban en la Unión Soviética eran deportados a Kazajstán (procedencia de la mayoría de los ruso-alemanes actuales) y otras zonas de Asia Central, expulsados a Alemania en condiciones dramáticas o exterminados. Se trata de un capítulo de la postguerra poco contado en la historia escrita por los ganadores y que en Alemania no se puede tocar sin ser etiquetado de "revanchista". Pero es un hecho que produjo sufrimientos indecibles a millones de alemanes pobres del este (los ricos ya se habían marchado hace tiempo), y la muerte a muchos de ellos.

Los judíos del este de cultura alemana (los Asquenazí de habla yiddish/alemana) fueron en gran parte víctimas del holocausto nazi. La mayor parte de los 6 millones de judíos asesinados fueron de esta procedencia. Fue el fin de una cultura enormemente rica que durante 700 años había aportado a Alemania grandes filósofos (como, por ejemplo, Martin Buber, de familia Asquenazí de Lvov/Lemberg

en la actual Ucrania), artistas y investigadores que, en gran parte, dominaron la rica vida cultural y científica que existía en Berlín y Viena hasta 1933.

Los supervivientes emigraron principalmente a EE.UU. (el lugar donde se mantiene más viva la cultura yiddish en la actualidad, llegando incluso a producir un premio Nobel por la producción literaria de Isaac B. Singer en esta lengua) así como a Israel, mientras que una pequeña parte continuó una existencia precaria en la propia URSS.

Quien observa la política actual de la Alemania reunificada se dará cuenta fácilmente que, aunque "el corazón de los alemanes se haya occidentalizado" al estilo anglo-sajón, el país sigue prestando especial atención al este. La política exterior alemana, con su recuperada autonomía, está nuevamente jugando a convertir a Alemania en el principal factor de poder "del gran este", un poder sólo compartido con Rusia, país con el que mantiene una relación que alterna entre la cooperación y la rivalidad. Para aumentar sus influencias, Alemania, por primera vez desde la segunda guerra mundial, vuelve a jugar también cartas militares en la región, como demuestran su papel casi instigador de la guerra de Yugoslavia (para aislar la pro-rusa Serbia) y "quedarse" con el resto, o su fuerte presencia militar en Afganistán.